

congusto. ¡Claro que no me quedo con la boca abierta... pero estudio, calculo, miro si me mira, la vuelvo á mirar y si las corrientes continúan... Se acerca.

JULIA. ¡Qué hace usted! Retirándose.

DALMAU. ¡Me convierto en ser inferior y la abrazo! Quiere abrazarla.

JULIA. Indignada. ¡Doctor!

DALMAU. Perdón, señora... á veces pierde uno el libre albedrío.

JULIA. Casi riendo. ¡Qué horror!

DALMAU. ¿Se ha enfadado usted?

JULIA. ¡Naturalmente!

DALMAU. Hace usted mal.

JULIA. ¡Hago muy bien! ¡Habrás visto!

DALMAU. Es usted un caso de atracción violenta... fascinadora... una sirena *vaxtatris*.

JULIA. ¡Mire usted que me vuelvo á enfadar!

DALMAU. No, señora.

JULIA. ¿Y aquellas teorías sobre la mujer?

DALMAU. Sigo profesándolas.

JULIA. Ya se conoce.

DALMAU. Reniego de las mujeres... en plural; pero en singular, y sobre todo en particular... ¡ay de mí!

JULIA. Hasta á suspirar ha aprendido usted. El doctor, que es un fresco, hace un gesto medio de resignación, medio de picardía.

DALMAU. ¡Hasta á suspirar, sí, señora! Entra Plinio; viene tan distraído que casi tropieza con el Doctor. Buenas tardes, Plinio. Absorto te veo.

PLINIO. Secamente. Mi padre está en la biblioteca.

DALMAU. Voy allá, voy allá. Mira á Plinio de pies á ca-

beza con curiosidad y burla; mira á Julia. ¡Señora!... Se inclina, duda si marcharse ó si quedarse, pero como ella está bastante seria, sale precipitadamente.

ESCENA III

JULIA y PLINIO.

PLINIO. No se vaya usted.

JULIA. ¿Qué dices?

PLINIO. Que se quede usted aquí.

JULIA. Lo siento mucho, hijo, pero tengo que cerrar las maletas.

PLINIO. ¡Las maletas!

JULIA. Las maletas. Me marcho esta tarde; ¿no lo sabes?

PLINIO. Me lo había dicho mi madre, pero no lo había querido creer. ¿Se va usted?

JULIA. Sí, me voy. Hasta luego.

PLINIO. ¡Ay de mí!

JULIA. ¿Qué dices?

PLINIO. Digo que ¡ay de mí! Precipitándose hacia ella. No se mueva usted de esta casa.

JULIA. ¡Pero tú estás loco!

PLINIO. No quiero que se mueva usted de esta casa.

JULIA. Vamos, chiquillo, no digas tonterías.

PLINIO. No quiero que me llame usted chiquillo.

JULIA. Sonriendo. Vamos, Plinio.

PLINIO. No quiero que se ría usted de mí.

JULIA. Eso ya va á ser un poco más difícil... si te empeñas en decir desatinos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

PLINIO. ¿Es un desatino el que yo le diga á usted que la quiero?

JULIA. Grandísimo.

PLINIO. Pues la quiero á usted, ea, la quiero, la quiero.

JULIA. Enterados. Va á salir.

PLINIO. ¿Con esa tranquilidad lo toma usted?

JULIA. ¿Qué quieres que le haga?

PLINIO. Quiero que me quiera usted á mí.

JULIA. Lo siento mucho; pero así, tan de pronto, no va á poder ser.

PLINIO. ¿Tan de pronto?

JULIA. Vamos, tan por sorpresa.

PLINIO. Le sorprende á usted mucho, ¿verdad?

JULIA. Sí, hijo mío, muchísimo.

PLINIO. Atrévase usted á decir que le sorprende, que no lo sabe usted de sobra, que no había usted notado nada.

JULIA. Sonriendo á pesar suyo. En efecto, he notado hace unos días...

PLINIO. ¿Qué?

JULIA. Que debes estar haciendo colección de pañuelos y guantes; todos los que he perdido esta semana te los has encontrado tú.

PLINIO. ¿Y eso no le ha dicho á usted nada?

JULIA. Tratándose de ti, no mucho. ¡Vaya usted á saber para qué colecciona pañuelos y guantes un hombre de ciencia!

PLINIO. No hablemos ahora de la ciencia.

JULIA. Por mí no hablemos.

PLINIO. Y no se burlé usted de un... amor... del que, después de todo, tiene usted la culpa.

JULIA. ¿Yo?

PLINIO. Usted me ha dicho no sé cuántas veces: "Enamórate, Plinio."

JULIA. Pero no de mí.

PLINIO. Permítame usted que le diga que en la elección de sujeto soy perfectamente libre.

JULIA. Permitido, pero yo no lo soy.

PLINIO. ¿Por qué?

JULIA. Pregúntaselo á mi marido.

PLINIO. Su marido de usted no tiene nada que ver en este asunto.

JULIA. Hombre... hay opiniones.

PLINIO. La de usted, por ejemplo.

JULIA. Pongamos que la mía.

PLINIO. No, no.

JULIA. Me gusta.

PLINIO. No puede ser... ¿por qué no ha de quererme usted, usted que tan bién sabe enseñar el cariño? Además, yo no puedo vivir sin que usted me quiera... No vuelva usted á decirme que no es libre... eso son sofismas, mentiras sociales. La vida... la vida natural no sabe de esas cosas... los ojos se miran... las manos se buscan... las bocas se desean... el amor es amor y el amor siempre es libre... y debe serlo.

JULIA. ¡Ay, Plinio, ese es demasiado naturalismo para mí.

PLINIO. Porque vive usted en un mundo convencional, lleno de hipocresías, de mentiras.

JULIA. Por eso debe ser. Buenas tardes.

PLINIO. Julia, Julia... no se vaya usted... soy un necio, un mal educado... la quiero á usted con toda

mi alma y no encuentro palabras con que decirselo.

JULIA. No hacen falta, Plinio, *Suavemente* porque no me las debes decir.

PLINIO. ¡Si la quiero á usted!

JULIA. No debes quererme.

PLINIO. Pues la quiero á usted.

JULIA. No quiero que me quieras.

PLINIO. ¡Pero usted se figura que yo la quiero porque quiero quererla! *Llora casi con rabia, como una criatura.* Pausa, durante la cual Julia, alternativamente, medita y sonríe.

JULIA. ¿Qué te pasa? Levanta esa cabeza. Me he lucido. ¡Te he querido enseñar la alegría y te cuestas a llorar el aprenderla! ¡Ay, ay, ay! Oyeme, Plinio: yo no soy sabia como tú, pero... verás... escucha.

PLINIO. ¿Va usted á decirme que me quiere, que me querrá?

JULIA. ¡Ay, hijo, qué vivos de genio sois los sabios!

PLINIO. Entonces no quiero escuchar nada.

JULIA. Pues yo te lo quiero decir, ea. Has de saber, chiquillo... sí, chiquillo simpático, que te estás engañando á ti mismo... Ten paciencia, que el sermón va á ser corto. Tú crees que me quieres tanto y cuánto... pero afortunadamente no me quieres á mí.

PLINIO. ¿Que no la quiero á usted?

JULIA. ¡Silencio! No me quieres á mí... quieres al amor.

PLINIO. Es lo mismo.

JULIA. No.

PLINIO. Sí: el amor para mí es usted.

JULIA. Porque cuando te ha entrado el deseo de

querer, he sido la primera mujer que se te ha puesto delante.

PLINIO. Por lo que sea... ya no tiene remedio.

JULIA. ¿Pues no lo ha de tener, criatura?

PLINIO. No, no; será una pena y muy amarga para toda mi vida.

JULIA. Será una melancolía muy dulce de contar á la primera novia que tengas.

PLINIO. ¡Nunca tendré novia!

JULIA. Novias.

PLINIO. Nunca.

JULIA. Si se te conoce en los ojos. ¡Más enamorado vas á ser!

PLINIO. Bien escarmentado quedo del amor.

JULIA. Pero si te digo que esto no es amor, no es amor.

PLINIO. Pues ¿qué es?

JULIA. ¡Qué sé yo!... gana de enamorarte. Mírame; si tú mismo lo has dicho... si me quieres sin quererme querer... si te cuesta llorar el quererme... No es amor, te digo.

PLINIO. ¡Qué triste es la vida!

JULIA. Te digo que no.

PLINIO. Le digo á usted que sí.

JULIA. ¡Ay, hijo mío, qué terco te pones! No, no, y no... la vida no es triste, no es triste, ni siquiera para los tontos que no saben con qué llenarla; figúrate si va á serlo para ti que sabes tanto y cuanto y no tendrás nunca el alma vacía.

PLINIO. ¡Maldita ciencia!

JULIA. Alto ahí; no consiento que hables mal de la ciencia.

PLINIO. ¿Es que va usted á defenderla ahora?

JULIA. Naturalmente.

PLINIO. ¿Después de haberse burlado tanto de ella?

JULIA. Me he burlado de la cara fea que le hacéis poner los sabios; pero teniendo el corazón alegre y los ojos abiertos á toda la hermosura del mundo, venga sabiduría... Sí, venga sabiduría, vengan conejitos de Indias, vengan microbios. Hemos quedado en que tienes que ser hombre célebre, en que vas á descubrir no sé cuántos sueros para bien de la Humanidad, en que tendrás estatuas... sin dejar por eso de tener alegría y cariño, y hasta hijos rubios, si á mano viene. ¡Poco á gloria que deben saber los besos después de seis horas de laboratorio! Ni siquiera sonríes.

PLINIO. Señora.

JULIA. Julia.

PLINIO. Julia. Ahora ya sé decirlo.

JULIA. Pero tendrás que aprenderlo otra vez.

PLINIO. Para decirlo con indiferencia, ¿verdad?

JULIA. No tanto *PAUSA*. Mira, Plinio, vamos á separarnos como buenos amigos, ¿quieres? Yo tengo para tí una deuda grande; por mí has llorado las primeras lágrimas; perdónamelas y siempre que la vida te haga llorar otras, piensa que hay un cariño de mujer, que aunque se ríe siempre, tendrá simpatía para ellas. Dame la mano, ¿quieres? ¿Me guardas rencor?

PLINIO. Cuando esté usted en su casa, cuando haga mucho tiempo que no nos hemos visto, ¿se acordará usted de mí?

JULIA. Sí, Plinio, sí.

PLINIO. ¿Y se burlará usted de mí al acordarse?

JULIA. ¡Chiquillo! Tú no sabes lo que agradece una mujer todo cariño que encuentra al paso... aun que no le recoja... porque no debe.

PLINIO. ¡Julia!

JULIA. Con un poquitito menos de calor. *Mutis de Plinio.*

ESCENA VIII

MARCELA, ENRIQUE Y JULIA

ENRIQUE. ¡Hecho, hecho, hecho!

MARCELA. Saliendo. ¿Qué te pasa, hombre?

JULIA. ¿Qué le sucede á usted.

ENRIQUE. Que traigo una noticia de las que hacen caerse de espaldas.

MARCELA. ¿Mala?

ENRIQUE. Qué ha de ser mala. ¡Estupenda! De esas que hay que ir las dando por entregas para que no le dé á uno un desmayo.

MARCELA. ¿Te ha tocado la lotería?

ENRIQUE. ¿Por quién me tomas?

MARCELA. ¡Acaba de una vez!

JULIA. Diga usted, diga usted.

ENRIQUE. Que acaban de hacerme socio... ¡socio! de una casa de automóviles de las más importantes... extranjera!

MARCELA. ¿De veras?

ENRIQUE. Y que casi soy rico, porque como lo seré, es lo mismo que si ya lo fuese, y que nos iremos á viajar, y que te sacaré de esta ciudad que

parece un cementerio suelto... y que nos querremos hoy en París, mañana en China y pasado mañana donde sea... que llevaremos la vida en automóvil... y que ya tengo independencia para escaparme contigo de este verjel de sabiduría.

JULIA. Ya procuraremos que no tengan ustedes que escaparse; se casarán ustedes por buenas, Dios mediante.

ENRIQUE. Mejor... menos gasto de bencina. Pero que sea pronto. Ya saben ustedes que no me puedo entretener. Ya me he mandado hacer la ropa.

MARCELA. ¿De veras?

JULIA. ¿Mucha?

ENRIQUE. Tres trajes de chauffeur, por de pronto: uno de novio, de dril... pero con frac y sin anteojos negros, porque ese día te quiero ver de color de rosa... otro de piel de fiera, para cuando venga á ver á la suegra, y otro de pluma, para volar contigo. ¡Paloma!

MARCELA. ¡Tonto!

ENRIQUE. ¡Valiente defecto! ¡Te parezco tonto por que has vivido siempre en ese instituto de... últimas letras; pero en cuanto salgas de aquí, verás como los tontos te parecen éstos! ¡Ay Marcela, qué abrazos les vamos á dar á todos los ignorantes que encontremos por el mundo!

JULIA. ¡Cálmese usted, que no es para tanto!

ENRIQUE. ¡Ay, sabios, sabios! Suerte que cuando se olvidan de serlo les nace una flor, y así has nacido tú.

MARCELA. ¡Y suerte que hay buenos jardineros!

JULIA. ¡Ay, hijos míos, cómo están ustedes! ¡Qué

empalago! ¡Y qué modo de perder el tiempo en tonterías!

ENRIQUE. Tiene usted razón. ¡Viva la vida!
Entra don Tomás.

ESCENA IX

DICHOS Y DON TOMÁS

TOMÁS. ¿Qué es esto? ¿Qué significan esas expansiones?

JULIA. Que estamos contentos.

MARCELA. Eso es, contentos.

TOMÁS. ¡Dichosos vosotros!

JULIA. Es que también lo vas á estar tú. Don Tomás niega con la cabeza.

MARCELA. Sí, papaito.

ENRIQUE. Sí, don Tomás.

JULIA. En cuanto te digamos el motivo: ¿No lo adivinas? Señalando á Marcela y Enrique.

TOMÁS. Preferiría no adivinarlo.

MARCELA. ¡Ay, papá!

JULIA. Pues harías muy mal si no lo adivinases, porque te privarías de una alegría... grande... la de ver á tu hija feliz.

TOMÁS. ¿Piensas, hija mía, que casándose encuentra uno la felicidad?

MARCELA. Según quien sea el otro, papaito.

ENRIQUE. ¡Bravo!

TOMÁS. ¿Y el... otro... eres tú á lo que parece?

ENRIQUE. Sí, don Tomás, y usted perdone... Siento darle á usted ese disgusto, pero no lo he po-

dido remediar. En desagravio, le prometo á usted que será dichosa.

JULIA. Vamos, Tomás, ¿qué dices?

TOMÁS. Yo no digo nada; pero, ¿qué va á decir su madre?

JULIA. Su madre es su madre... y dirá que sí...

TOMÁS. ¡Pero habrá que oír cómo lo dice!

JULIA. ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Gertrudis, vengan ustedes!

ESCENA X

DICHOS, DALMAU, SEVERO, GUMERSINDO, PASCUAL, PLINIO; después, GERTRUDIS. Los cuatro primeros entran por la puerta de las habitaciones. Plinio por la del jardín.

DALMAU. ¿Llamaban ustedes?

PASCUAL. Aquí estamos todos.

PLINIO. Con desdén. ¿Es que va á empezar la lectura?

JULIA. Sí, y hoy la empiezo yo.

PASCUAL. ¡Muy bien, muy bien!

GUMERSINDO. ¿De modo que nos reservaba usted una sorpresa? ¿También usted escribe?

JULIA. No escribo, dicto. Abrese la sesión.

TOMÁS. Llamemos á Gertrudis.

JULIA. Ya vendrá, ya vendrá. Sí, señores; abro la sesión, no para leer, sino para dar cuenta al respetable senado. Todos saludan. de una comunicación importante.

ENRIQUE. ¡Bravo!

PASCUAL. ¡Perfectamente!

GUMERSINDO. ¡Orden, orden!

JULIA. Se trata de dos jóvenes que quieren casarse.

GUMERSINDO. ¿En qué siglo?

JULIA. Ahora mismo. Cuanto antes, mejor.

SEVERO. Puede que sea interesante.

JULIA. Estos novios... no históricos, son Enrique y Marcela. No hablaré de su amor, porque la docta corporación Saludan. no entiende de eso. Protestas. En nombre de Enrique, joven, buen mozo, soltero, inteligente y hombre moderno, he pedido la mano de Marcela, joven también, bonita como salta á la vista, hija de padre catedrático y de madre recatedrática... y en nombre de ella, el señor don Tomás ha dicho que sí. A mitad de discurso ha entrado doña Gertrudis.

GERTRUDIS. ¿Qué significa este discurso?

JULIA. Significa que ya no falta más que tu consentimiento para que se casen mis protegidos, y que te lo pedimos lo más académicamente posible.

ENRIQUE. ¡Bravo, bravo!

GERTRUDIS. Pero estas cosas no se tratan así.

JULIA. Eso va en gustos.

GERTRUDIS. Es que Marcela está ya comprometida.

JULIA. ¿Con el doctor Dalmau?

GERTRUDIS. Con el doctor Dalmau.

JULIA. El doctor Dalmau tiene la palabra.

DALMAU. ¡Ejém, ejém! Realmente, entre Marcelita y el que habla, ha mediado algo; por parte... por mi parte, mi aspiración estricta; por parte de ella su desviación obstinada. En mis planes de vida entraba el hacer de ella mi colaboradora. En los suyos, parece que no. Tal vez no ha nacido para la

vida de observación: tal vez prefiera la vida nómada, y en eso no puedo complacerla. No creo que el casarse con... el joven sea cosa reprobable.

ENRIQUE. ¡Qué ha de serlo!

DALMAU. Así es que por mi parte declino toda pretensión y me amoldo á las circunstancias.

GERTRUDIS. ¿Es decir, que renuncia usted?

DALMAU. Esa es la palabra, renuncio. Se sienta.

GERTRUDIS. No entiendo todo este jaleo.

PLINIO. Ni hace falta, mamá; que se casen.

GERTRUDIS. ¿Tú también?

PLINIO. ¡Ay! El amor es para la juventud.

GERTRUDIS. ¿Pero qué microbio ha entrado en esta casa?

JULIA. El microbio de la alegría.

GUMERSINDO. Justo; de la alegría.

SEVERO. Eso es.

PASCUAL. ¡Muy bien!

GERTRUDIS. A don Tomás. ¿Y tú consientes?

TOMÁS. Mujer, la vida es tan corta y tan triste, que no vale la pena de oponerse.

GERTRUDIS. No me sorprende. A Julia. De sobra he notado tus manejos. Pero no te saldrás con la tuya.

JULIA. No te enfades. Si después de todo no ha pasado nada. Se casarán y serán felices.

GERTRUDIS. ¡Qué sabes tú!

JULIA. Lo serán, porque no vivirán aquí.

GERTRUDIS. Aquí vivíamos todos, y lo éramos antes de venir tú. Tú que has venido á traer el desorden.

JULIA. Y que no se alegran todos de que le haya traído, ¿verdad?

GERTRUDIS. ¡Ustedes... ustedes se alegran!

SEVERO. Regular.

GUMERSINDO. Así, así.

PASCUAL. ¡Mucho, señora, mucho!

DALMAU. ¡Jé, jé!

JULIA. ¿Lo ves?

GERTRUDIS. Porque te has valido de medios ilícitos.

JULIA. Me he valido de la risa, ¿lo oyes? sólo de la risa para convencerlos. De lo que tú nunca has sabido darles: de un poco de sol de alegría. ¿Crees que basta con ser sabia para hacer feliz un hogar? De todo lo que pasa aquí tienes la culpa tú.

GERTRUDIS. ¡Yo!

JULIA. Tú, que siendo mujer y habiendo tenido veinte años, has consentido que el padre de tus hijos sea pesimista; tú que tienes un hijo y no le has enseñado á querer; que tienes una hija y no la has enseñado á reir; que tienes amigos y no les ha temblado la voz un solo día al pronunciar tu nombre. Tú, que tienes un jardín y no se te ha ocurrido nunca poner unas flores encima de la uesa donde trabaja tu marido.

GERTRUDIS. ¿Vas á venir tú á enseñarme la vida?

JULIA. Yo, sí... Miralos... Todos están pálidos. Si en vez de tenerlos encerrados aquí los hubieses sacado á tomar aire y sol, á respirar mundo, no tendrían esa cara de penas; pero han vivido de pan mojado en tinta y tienen una tristeza de pergamino que da lástima verlos.

GERTRUDIS. ¿Y ustedes no responden á esto?

JULIA. ¡Qué han de responder!... Si me abrazarían de buena gana.

DALMAU. ¡Ay, sí!

JULIA. Si ahora cuando me marche va á ser esta casa un valle de Josafat, media hora antes del Juicio.

GUMERSINDO. ¿Pero se va usted?

JULIA. Ahora mismo. ¿Ves cómo lo sienten?

GERTRUDIS. Porque eres coqueta.

JULIA. Porque tú no has sabido serlo.

GERTRUDIS. ¡Vete, sí, vete!

JULIA. No tengas prisa. Suenan cascabeles. Ya está esperándome el coche.

DONCELLA. Entra con un saquito de mano, un guardapolvo y un sombrero. Señora... ya está todo. Julia se pone rápidamente sombrero y abrigo.

GERTRUDIS. ¿Habrás preparado esta retirada gloriosa?

JULIA. Me marchó, no sé si más alegre ó más triste que cuando vine. He animado un poco á estos jóvenes... he rejuvenecido un poco á estos viejos. Las penas que dejo Da la mano á Plinio. serán pasajeras, y en cambio Por Marcela. alguien habrá aprendido á mirar cara á cara la alegría. Creo que no he hecho mal á nadie... y me voy á buscar á mi marido, que ya debe estar echando de menos la risa.

PLINIO. ¡Julia!

JULIA. No quiero que me echen ustedes de menos, pero acuérdense ustedes de mí alguna vez, que eso siempre se agradece. Adiós, Tomás.

TOMÁS. ¡Ya!

JULIA. Adiós, Plinio.

PLINIO. Adiós.

JULIA. Doctor...

DALMAU. ¿Quiere usted que la acompañe?

JULIA. No, no; señores... A Marcela y Enrique. Un abrazo para los dos, y que se den ustedes muchos en esta vida.

MARCELA. ¡Dios te lo pague todo, Julia!

ENRIQUE. Gracias. Le da la mano.

JULIA. ¿Y tú, Gertrudis?

GERTRUDIS. Anda con Dios. Le da la mano friamente.

JULIA. En la puerta. Y nada de lágrimas. ¡Alegría! ¡Alegría! ¡A vivir, á vivir! Les tira un beso con la mano y sale.

Marcela y Enrique salen detrás de ella. Todos los hombres quieren acompañarla, pero doña Gertrudis se pone en la puerta y les hace retroceder con un gesto trágico. Se sientan en sus sitios cabizbajos; hay una pausa; luego se oyen sonar los cascabeles.

ESCENA ULTIMA

DICHOS menos JULIA; el CANÓNIGO entra seguido de MARCELA y ENRIQUE.

CANÓNIGO. Ya está fuera el espíritu maligno. La tranquilidad vuelve á esta casa.

DALMAU. Sí, ya está fuera.

SEVERO. Ya, ya.

GUMERSINDO. Sí, sí.

CANÓNIGO. Ya podemos volver á la vida plácida. ¿No es hora de leer, señores? Lea usted. Lea usted, que yo estoy no sé cómo.

SEVERO. Todos estamos no sé cómo.

CANÓNIGO. Todos no; leeré yo.

TOMÁS. Permita usted un momento, señor Magistral. Se acerca á Marcela y Enrique, que están un poco aparte. Si queréis creerme á mi, no escuchéis, hijos míos... si

yo fuera vosotros ó pudiera volverme atrás, ¡ay! no escucharía. Se levantan y van junto á la ventana. Continúe usted, señor Magistral... ¡Todo sea por Dios! Ya estamos resignados. Mientras el Canónigo se dispone á leer, cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

EL MISTICO